

## LA CRISIS DE LA EDUCACIÓN

Por Ana Cabeza Leiva

**¿Por qué entra en crisis nuestra educación? ¿Por qué unos determinados profesores viven la función docente con entusiasmo, como una verdadera vocación que da sentido a sus vidas y en cambio para otros supone una fuente de sufrimiento constante al no saber enfrentarse a sus alumnos?**

**¿Cómo es posible que en un país en el que se produce más investigación y en el que se ha incrementado notablemente la oferta y el consumo cultural, se pueda mantener la idea de que el nivel educativo desciende?**

**¿Hablan el mismo lenguaje quienes piensan que el nivel educativo sube y quienes piensan que baja?**

**Actualmente se consume más cultura**, los jóvenes muestran un interés por la lectura relacionada con sus estudios o profesión significativamente superior al de los adultos. Ocurre lo mismo con la frecuentación de bibliotecas. Los actuales jóvenes asisten más al teatro, al cine, tienen mayor interés por la música y las nuevas tecnologías y manejan un mayor número de idiomas que en cualquier otra época precedente. Entonces, ¿podemos afirmar que el nivel educativo desciende? ¿Es nuestro sistema educativo peor de lo que lo fue en épocas anteriores?

Al respecto, cabría considerar un atrevimiento querer comparar la época actual con otras precedentes. La valoración del sistema educativo precedente habría que hacerla en relación con su contexto determinado. El contexto social, político y económico de entonces, dista de nuestro actual contexto.

A aquellos que añoran el sistema educativo de hace treinta o cuarenta años, aquellos que afirman que entonces sí existía calidad educativa, los mismos que evocan recuerdos mejores de tiempos pasados y que afirman que nuestro sistema educativo está fracasando, a todos aquellos, les diría que, es ahora, por primera vez en nuestra historia, cuando contamos con una población que disfruta de una **educación más prolongada que cualquier otra que la haya precedido**, a la vez que se ha extendido a

más individuos. Por vez primera contamos con un sistema educativo que aspira a dar **educación a todos los niños sin exclusiones**. ¿Estamos entonces capacitados para afirmar que nuestro sistema educativo es peor que en épocas precedentes?

Sí, puede que sea cierto que hace cuarenta años el sistema educativo mantuviera un alto nivel. Pero veamos la otra cara de la moneda: a costa de ir expulsando a los alumnos con problemas de conducta o a aquellos con más dificultades para aprender, permitiendo proseguir la escolaridad solamente a aquellos que ofrecían una esperanza razonable para aprobar. ¿Era antaño entonces mejor? ¿Segregación con sus ventajas o integración e inclusión con determinados inconvenientes? Estos datos expuestos deberían ser debidamente afrontados por aquellas personas que añoran el sistema educativo de entonces.

La actual Ley Orgánica de Educación (**LOE**) respalda la cohesión social desde el marco de la **inclusión** educativa. De este modo, la adecuada respuesta educativa a todos los alumnos se concibe a partir del principio de inclusión, entendiendo que únicamente de este modo se garantiza el desarrollo de todos, se favorece la equidad y se contribuye a una mayor cohesión social. En este sentido, el **artículo 74 de la LOE** señala que la escolarización del alumnado que presenta necesidades especiales se regirá por los principios de normalización e inclusión, y asegurará su no discriminación y la igualdad en el acceso y permanencia en el sistema educativo.

Si en el momento actual volvemos a establecer mecanismos selectivos, excluyendo de los centros educativos a los peores alumnos, el clima de las aulas mejoraría considerablemente. Pero ¿a qué precio? ¿Expulsa un médico de su hospital a un paciente difícil de tratar o con un diagnóstico terminal? ¿Abandona un abogado en mitad de un juicio por no poder defender al acusado?

Es cierto que la tarea es difícil. Distamos de conseguir un sistema educativo de calidad para educar a la **diversidad** de niños, marginados y difíciles que ahora llegan a las aulas. **¿Cómo enfrentarse a la diversidad del alumnado?** ¿Cómo lograr que alumnos y profesores vivan la educación desde el entusiasmo, la motivación, la dedicación y el esfuerzo personal? Aquí se vuelve crucial la **formación inicial** del profesorado. Todos los esfuerzos deben centrarse en atraer y retener a docentes motivados con la tarea de enseñanza, personas comunicativas, que sean capaces de

transmitir normas claras y que logren transmitir conocimientos significativos, respetando el ritmo personal de aprendizaje de cada alumno así como sus capacidades y necesidades.

Llegados a este punto, me gustaría enfatizar la importancia de transmitir **aprendizajes significativos**, aprendizajes que pongan en relación los nuevos conocimientos con las ideas previas que manejen los alumnos. Aprendizajes variados, interesantes, que motiven a continuar aprendiendo, aprendizajes que sirvan en el momento actual, funcionales, fácilmente generalizables y aplicables a cualquier situación cotidiana con la que se enfrente el alumno. Así, el profesor debe dejar a un lado su función transmisora, en la que el alumno actúa como mero receptor, para dejar paso a una enseñanza activa y proactiva, en la que el alumno busca, investiga y construye su propio conocimiento, ayudado por el papel mediador del docente. En definitiva, se trata de facilitar al alumno conocimientos para que sea él quien construya su propio aprendizaje, dejando patente una de las ocho competencias básicas que establecen tanto el Real Decreto 1513/2006, por el que se establecen las enseñanzas mínimas para la Educación Primaria, como el Real Decreto 1631/2006, por el que se establecen las enseñanzas mínimas para la Educación Secundaria: la competencia de APRENDER A APRENDER. El alumno necesita estrategias de aprendizaje que le conduzcan a "aprender a aprender", esto es lo que en definitiva le va a permitir encontrar las respuestas que el entorno educativo y social le van a ir pidiendo.

El profesor puede tener claro cómo enseñar, sin embargo, lo más importante es que descubra qué herramientas puede ofrecer al alumnado para que éste llegue a aprender. Aquello que debería merecer la preocupación de los docentes en mayor medida, debería ser identificar qué tendrían que hacer los alumnos para llegar a aprender. En este sentido entran en juego las estrategias de aprendizaje que debe poner en marcha un alumno para aprender un contenido concreto. Por ende, un buen docente será aquel que sepa proporcionar las estrategias más útiles al alumnado para que sea él mismo quien vaya construyendo su aprendizaje de manera significativa. Creo que una de las tareas importantes de comienzo de curso es que el profesor/a, al realizar la presentación de la materia, del área correspondiente desarrolle de manera

experiencial y práctica, aquellas estrategias que el alumno ha de utilizar para poder aprenderla.

Un buen docente, aquel que vive la función docente con entusiasmo, como una verdadera vocación, plantea la aplicabilidad de los aprendizajes a otras áreas de contenido, a experiencias de la vida real, a las profesiones y a valores de la vida. Con preguntas planteadas por él mismo o que el propio alumno puede hacerse si se le motiva para ello, creando un nuevo sistema de necesidades que trascienda las actuales, intentando que los aprendizajes vayan más allá de lo inmediato y lo instrumental, proyectando los aprendizajes a nuevas situaciones presentes o futuras, y provocando que el alumno relacione lo que ya conoce con lo que debe aprender. Un buen docente enseña a descubrir la realidad, a mirar “más allá”.

Pero la realidad es otra bien distinta. ¿Aprendizajes significativos, enseñar a pensar, a aprender, métodos activos, de investigación y no repetitivos o memorísticos? Seamos reales, los métodos **menos efectivos** para el aprendizaje (la lectura, las clases verbales de un profesor y los dibujos en la pizarra) son los que se encuentran más ampliamente difundidos y utilizados en las aulas, y son los que ocupan los máximos porcentajes del tiempo educativo en nuestras escuelas. En cambio, los procedimientos que han demostrado ser **más efectivos** (los debates, las simulaciones, la investigación, el trabajo en equipo, ver películas, etc) solamente ocupan un espacio marginal y muy reducido en los tiempos escolares. Cambiar los métodos sería un comienzo, pero para nada la situación daría la vuelta, ya que existen otros muchos problemas, alumnos y profesores desmotivados, y familias que no saben cómo afrontar determinadas situaciones o que las afrontan de manera poco responsable.

Por un lado están los alumnos, quienes cada vez están menos motivados y más desinteresados, ya que no le ven utilidad inmediata ni a medio o largo plazo a aquello que estudian. ¿Se sienten desmotivados, cada vez se esfuerzan menos? ¿Ha llegado la cultura del “mínimo esfuerzo”? Probablemente, pero es una trayectoria bastante lógica, teniendo en cuenta que desde pequeños se les “enseña” lo que deben pensar, no lo que ellos piensan. Se les enseña lo que está escrito en los libros y se les obliga a memorizarlo. Podríamos probar a dejarles que piensen por ellos mismos, que construyan su conocimiento, que piensen, que investiguen, que se equivoquen, que aprendan de sus errores. Podemos pensar en “*El club de los poetas muertos*” y en la

figura de Robin Williams para entender la situación a la que me refiero en estas líneas. Seguramente esta película podría constituir un buen recurso didáctico y formativo para todos los docentes de los centros educativos.

Por otro lado tenemos la actuación de la Administración, burocratizando el Sistema Educativo continuamente, y tratando a sus miembros, profesores y alumnos, como meros números. Pero es que también tenemos la figura del profesorado, desmotivado en muchos casos, en parte por esa burocratización mencionada, y al que no se le exige más que méritos teóricos para llegar a serlo, pero al que no se forma en metodología, ni en inteligencia emocional, ni en pedagogía aplicada, real, del día a día.

Y finalmente tenemos a las familias, que hacen lo que pueden y lo mejor que saben, que en muchos casos no es lo mejor que deben, ya que no les enseñan a sus hijos las normas sociales que a ellos les enseñaron sus padres y descargan toda la responsabilidad de educar en la escuela, pero cuestionando la profesionalidad de los docentes en muchos casos. Padres y madres que trabajan, que llegan a casa cansados y sin ganas ni fuerzas para bregar con sus hijos o sumar una pequeña preocupación más a las adversidades que ya han tenido que hacer frente a lo largo del día. Y en medio de todo ello están los hijos, que van probando hasta donde sus padres les consienten, tensando de la cuerda un poquito más cada vez.

Con todo lo mencionado en este artículo quiero incidir en la idea de que TODO SUMA. La crisis educativa no empieza ni termina en los centros educativos, sino que esta crisis está alimentada por el factor social, político, familiar, relacional y por los medios de comunicación. Todo suma, todo influye. La cultura de la violencia que practicamos entre todos en nuestra vida cotidiana, es, a pequeña escala, un hilo más que va conformando la tela de araña. La educación debería basarse en todos los sentidos en la cultura del ser, y no en la del tener. No podemos seguir creyendo en verdades exclusivas ni excluyentes. Todos somos responsables de la situación actual y entre todos podemos lograr que la situación cambie.

ANA CABEZA LEIVA